

## **Junto a la Cruz estaba su Madre**

Francisco María Fernández Jiménez  
*Instituto Teológico San Ildefonso de Toledo*

### INTRODUCCIÓN

El presente artículo es fruto de la ponencia que presenté en el Congreso Mariológico Internacional Extraordinario celebrado en Sevilla para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza Macarena. Ya en ese momento indiqué que, a la hora de exponer la cuestión que se me propuso, quise aunar los siguientes tres temas: el primero, la perícopa evangélica de la que está sacado el título de la citada ponencia: “Junto a la cruz estaba su madre”, es decir Jn 19, 25-27; el segundo, el título general del congreso: “Llamados a una esperanza viva”, y el tercero, la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza Macarena bajo cuyo patrocinio se celebró el mencionado evento y que nos remite a la esperanza de María justo en el momento de la muerte de su Hijo hasta el momento de la resurrección.

Para ello comenzaré trayendo a la memoria el texto de la Carta de san Pablo a los Romanos donde se señala cómo el cimiento de la esperanza cristiana está en el amor de Dios manifestado en la entrega del Hijo a la muerte por los pecados de los hombres. Por la importancia del texto no está de menos recordarlo:

La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos [...], pues bien Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con

cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados del castigo»<sup>1</sup>.

Como se puede observar, este pasaje bíblico basa la esperanza cristiana en el amor de Dios que muere por todos nosotros siendo pecadores. Esto es lo que aparece precisamente en la escena de la Crucifixión que san Juan bellamente nos expone en los capítulos décimo octavo y décimo noveno de su *Evangelio* en el cual hallamos la presencia de María al lado del crucificado que da lugar al título de la ponencia: “Junto a la cruz estaba su madre”.

Para lograr este objetivo de presentar cómo aparece la esperanza cristiana en la cruz y el papel de María en ella y teniendo en cuenta la cantidad de trabajos mariológicos, exegéticos y piadosos que se han escrito sobre Jn 19, 25-27, he preferido exponer estos versículos en el contexto general en el que aparecen, es decir, en el relato que san Juan hace de la Pasión y Muerte de Jesús, considerado este como si fuera un cuadro pictórico, pintado no con pinceles sino con las palabras del propio evangelista, testigo de excepción de ese instante sublime y sumamente hermoso desde el punto de vista del amor que el Redentor muestra a toda la humanidad cuando entrega su vida por ella, pues no han sido muchos los que han ofrecido estos versículos en el contexto del relato de la Crucifixión. A ello me ha animado también las palabras del entonces Papa Benedicto XVI, al final del vigésimo tercer Congreso Mariológico Internacional celebrado en Roma el año 2012, en las que exhortaba a los participantes a «recorrer [junto con la *via veritatis*] la *via pulchritudinis* y la *via amoris* para descubrir y contemplar aún más profundamente la fe cristalina y sólida de María, su amor a Dios y su esperanza inquebrantable»<sup>2</sup>. Por eso, este trabajo mirará más por la integración de estas dos vías, la de la belleza y la del amor, que por lo nos aporta la *via veritatis*, aunque la tendrá en cuenta.

Una vez terminado este estudio, me centraré en presentar la figura de María junto a la cruz como fuente de esperanza de la mano del actual Papa Francisco que ha tocado este tema en varias de sus intervenciones durante el primer año de su pontificado y haré una breve reflexión sobre cómo expresa esta esperanza la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza Macarena.

<sup>1</sup> Rm 5, 5-6. 8-9. La traducción de los textos bíblicos están tomados de la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, publicada en el 2011.

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso del Santo Padre a los participantes en el XXIII Congreso Mariológico Mariano Internacional, 8 de septiembre de 2012. L'Osservatore Romano*, edición española, 16 de septiembre de 2012, pag. 3.

## 1. LA PASIÓN SEGÚN SAN JUAN: PRESENTACIÓN DE SUS DIVERSAS PARTES

Como acabo de indicar, empiezo este trabajo presentando las cinco partes en las que podemos dividir la Pasión según san Juan. Lo voy a hacer como si fueran cinco cuadros colgados en una galería en la que se nos muestra en todo su esplendor el momento en el que el Hijo del Padre Eterno da la vida por los hombres. De los cinco cuadros me detendré en el de la Crucifixión, pues en él encontramos dibujada a la Virgen María y, además, en él se incluye el título de la ponencia. De los otros sólo haré un rápido recorrido porque nos interesan en tanto en cuanto ayudan a entender este cuadro.

### 1.1. EL PRENDIMIENTO O LA ENTREGA VOLUNTARIA DE CRISTO A LA MUERTE

El primero de estos lienzos de esta galería lo podemos titular: “El prendimiento”<sup>3</sup> o “La entrega voluntaria de Cristo a la muerte a favor de sus discípulos”. En esta escena el evangelista nos dibuja a Jesús que se entrega voluntariamente y que es Señor de la situación, pues cuando afirma «Yo soy»<sup>4</sup>, referencia a su divinidad, los que vienen a prenderle se derrumban y caen al suelo ante el Sumo Sacerdote. Por tanto nadie puede apresarle si él no quiere. En esta escena se nos pinta también dos grupos de personas: los discípulos excepto Judas que acompañan a Jesús entre los que destaca Simón Pedro que desenvaina la espada para defender a su Maestro, y la cohorte y los guardias de los Sumos Sacerdotes con Judas a la cabeza que vienen a prenderlo. Es el grupo de los que están con Jesús y los que están en contra de Él.

En este cuadro aparece también Cristo como el verdadero rey y este tema será recurrente en todos los demás fragmentos de la Pasión. Jesús es el verdadero rey con las características del Buen Pastor que da su vida voluntariamente por las ovejas, como ya había profetizado: «Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor da la vida por las ovejas. [...] Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, yo doy la vida por las ovejas. [...] Por eso me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla»<sup>5</sup>. No podemos olvidar la conexión entre pastor y rey pues los reyes de Israel son

---

<sup>3</sup> Jn 18, 1-11.

<sup>4</sup> Jn 18, 5-6.

<sup>5</sup> Jn 10, 11. 14-15. 17.

llamados pastores. En este pastor-rey hay dos características principales: su amor y su mansedumbre. Su amor lo manifiesta en esta frase: «Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos»<sup>6</sup>, es decir, mira por los suyos. Su mansedumbre se observa durante todo el pasaje pues se entrega a sus verdugos sin ofrecer resistencia.

Otro punto a tener en cuenta es la hermosura del Pastor, pues realmente en griego el Buen Pastor es el Pastor hermoso como se debería traducir la palabra *καλός*. Hallamos, pues, ya en este primer trazo del cuadro un motivo de esperanza: el rey muere por nosotros: el rey hermoso lo es no por su apariencia externa sino por la belleza del amor que manifiesta al subir a la cruz voluntariamente por los pecados de su pueblo. El autor del *Apocalipsis* lo resume en este versículo: «[Jesucristo] el príncipe de los reyes de la tierra. El que nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios su Padre»<sup>7</sup>. Así mismo también encontramos en Jesús los aspectos esponsales, pues se nos muestra como el esposo que bebe el cáliz de la Nueva Alianza, el cáliz de las bodas de Cristo y su Iglesia: «El cáliz que me ha dado mi Padre ¿no lo voy a beber?»<sup>8</sup>.

En este rápido recorrido por el lienzo del Prendimiento ya podemos hacernos una idea del personaje principal: el Rey-Pastor bueno que se entrega voluntariamente por los hombres.

## 1.2. JESÚS NEGADO POR PEDRO Y RECHAZADO POR SU PUEBLO

En el segundo cuadro<sup>9</sup> volvemos a encontrarnos con Cristo como verdadero protagonista, esta vez le vemos atado y abofeteado por uno de los guardias. También en este fragmento hallamos una frase que nos recuerda al Rey que entrega la vida por su pueblo, esta vez en boca de Caifás que se había pronunciado días antes de la Pasión: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo»<sup>10</sup>. La escena se va entremezclando con dos rechazos: por uno, el de las principales figuras religiosas del pueblo de Dios que buscan

---

<sup>6</sup> Jn 18, 8b.

<sup>7</sup> Ap 1, 5.

<sup>8</sup> Jn 18, 11b.

<sup>9</sup> Jn 18, 12-27.

<sup>10</sup> Jn 18, 14.

la muerte de Jesús.; por otro, el rechazo del principal de los apóstoles que por tres veces niega ser su discípulo.

Sólo queda entre los seguidores de Cristo el que se denomina en esta cena “conocido del Sumo Sacerdote”<sup>11</sup> que pudo entrar con Jesús en el palacio del Sumo Sacerdote para ser testigo del interrogatorio llevado a cabo por Caifás. De Pedro se no dice que estaba fuera. Es la primera vez que percibimos explícitamente la figura de este discípulo que estaba en el cuadro anterior junto con los demás discípulos y que ahora lo descubrimos junto a Pedro. Nos podemos preguntar por la identidad de ese discípulo que vuelve a aparecer con Pedro la mañana de la resurrección y afirma de él que es el discípulo al que Jesús amaba<sup>12</sup>, por tanto, aunque mucho se ha discutido sobre la personalidad de este seguidor de Cristo, creo acertado que se refiera a san Juan evangelista como ha creído la tradición de la Iglesia. Sobre este cuestión nos puede iluminar estas palabras de Bruce Vawter:

Los sinópticos sólo presentan a Pedro siguiendo a Jesús. ¿Hay que identificar a este otro discípulo con «el que Jesús amaba» (cf. 20, 2)? *Conocido del sumo sacerdote... por el sumo sacerdote*: Se ha objetado a esta observación que no es posible identificar al discípulo anónimo con Juan hijo de Zebedeo, ya que resulta difícil imaginar al sumo sacerdote en relaciones amistosas con un pescador galileo. La objeción, sin embargo, no es perentoria, pues nada sabemos sobre lo que hay detrás de esta noticia. Por otra parte el evangelio no presenta a Juan hijo de Zebedeo como perteneciente a una familia sin importancia (cf. Mc 1,20, «jornaleros»; Mt 27,55s [Lc 8,3], apoyo económico dado a Jesús). Además ser conocido «del» o «por el» sumo sacerdote podría significar simplemente que se tenía acceso a casa de éste a través de sus servidores (cf. Flp 4,22, «los de la familia del César» = «personas pertenecientes al servicio imperial»)<sup>13</sup>

### 1.3. JESÚS CORONADO DE ESPINAS

El tercer cuadro está dibujado con siete escenas relacionadas entre sí por el tema del diálogo entre Pilato y Jesús y podemos titularlo: «Pilato y Jesús, ¿quién es el verdadero rey?»<sup>14</sup>. La primera escena<sup>15</sup> representa la

<sup>11</sup> Jn 18, 15.

<sup>12</sup> Cf. Jn 20, 2.

<sup>13</sup> B. VAWTER, “Evangelio según san Juan”, en: R. E. BROWN, J. A. FITZMYER, R. E. MURPHY (dirs.) *Comentario Bíblico “San Jerónimo”*, t. IV, Madrid 1972, 509.

<sup>14</sup> Jn 18, 28-19, 26.

<sup>15</sup> Jn 18, 28-32.

conversación entre Pilato y los judíos en el que estos le piden la muerte de Jesús. Aunque el relato no dice nada, por la pregunta que Pilato dirigirá a Jesús a continuación, el delito del que acusan a Jesús los judíos es haberse proclamado rey de los judíos. La segunda escena de este mismo cuadro<sup>16</sup> reproduce el interrogatorio de Pilato a Jesús sobre su condición de rey de los judíos. En él hallamos las características del reinado de Cristo: su reino no es de este mundo y el que es de la verdad escucha la voz del rey<sup>17</sup>. Termina este interrogatorio con la pregunta de Pilato: «Y ¿qué es la verdad?»<sup>18</sup>. En la tercera escena<sup>19</sup> el evangelista nos narra la proclamación de la inocencia de Jesús y la propuesta de soltarlo junto con el rechazo de Jesús por parte del pueblo que prefieren a Barrabás.

La cuarta escena<sup>20</sup> es la central de las siete y corresponde a la coronación de Jesús por los soldados. La corona de espinas que colocan sobre la cabeza de Cristo es la que llevará hasta su muerte donde mostrará a la humanidad su verdadera realeza: sufrir y dar la vida por su pueblo. Termina la escena con la frase: «¡Salve, rey de los judíos!»<sup>21</sup>.

La quinta escena<sup>22</sup>, llamada popularmente la del «Ecce homo», se coloca enfrente de la tercera. Encontramos los mismos personajes: Pilato y los judíos. Volvemos a escuchar de boca del gobernador la inocencia de Jesús y ahora el rechazo del pueblo es más sonoro a la hora de pedir la pena: la crucifixión y añaden a la acusación de proclamarse rey, la de denominarse Hijo de Dios. Le sigue la sexta escena<sup>23</sup> que es paralela a la segunda pues volvemos a encontrarnos con un segundo interrogatorio entre el gobernador y Cristo, en el que se habla de la autoridad. En efecto Pilato afirma tener una autoridad tal para decidir sobre la vida de Jesús: «¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?»<sup>24</sup>, pero realmente no puede soltarlo sabiendo que es inocente por las presiones del pueblo. En cambio Jesucristo sigue con el porte real a pesar de las señales de la pasión

---

<sup>16</sup> Jn 18, 33-38a.

<sup>17</sup> Cf. Jn 18, 37.

<sup>18</sup> Jn 18, 38a.

<sup>19</sup> Jn 18, 38b-40.

<sup>20</sup> Jn 19, 1-3.

<sup>21</sup> Jn 19, 3.

<sup>22</sup> Jn 19, 4-8.

<sup>23</sup> Jn 19, 9-12.

<sup>24</sup> Jn 19, 10.

y de la corona de espinas<sup>25</sup>. La última escena<sup>26</sup> cierra este cuadro multicolor haciendo referencia a la primera, pues Pilato responde a la petición que hallamos en la primera escena aprobando la pena que los judíos pedían contra Jesús.

## 2. CUADRO DE LA CRUCIFIXIÓN “TODO ESTÁ CUMPLIDO”<sup>27</sup>

El cuarto cuadro es el momento de la Crucifixión que es el objeto central de nuestro estudio (omito la referencia al quinto que es la sepultura)<sup>28</sup>. Está pintado en cinco momentos pero no son cinco escenas, como el cuadro anterior, sino que es una única escena pintada poco a poco y que no se puede descubrir el significado del lienzo hasta que no se vea todo completado. Lo he denominado “Todo está cumplido” porque es la frase que se va repitiendo constantemente en todos los instantes que se dibuja algo nuevo en él y esto debemos tenerlo en cuenta. Divido este apartado en cinco partes, una por cada instante en el que se subdivide la pintura.

### 2.1. EL LETRERO: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS<sup>29</sup>

Lo primero que nos dibuja san Juan es al personaje central, Jesucristo que va coronado de espinas como muestra de su realeza, distinta a la del mundo. Así lo pudimos observar en el cuadro anterior, ya que, de las siete escenas que lo componían en un paralelismo ABCDCBA, en el centro se situaba la coronación de espinas por parte de los soldados del pretorio. A este rey, pues, lo crucifican con otros dos uno a la izquierda y otro a la derecha. Sobre la cruz hay un letrero escrito en las lenguas universales y regionales en la época de Cristo: hebreo, griego y latín con la acusación: “Jesús Nazareno, el rey de los judíos” como una revelación que llega a todas las naciones: “Jesucristo es el verdadero rey”. Por tanto ya en el primer trazo volvemos a observar el tema del reinado de Cristo del que ya hemos mencionado en el primer cuadro que consiste en dar la vida por su pueblo y en este instante se nos va a revelar el modo en que va a realizarlo.

---

<sup>25</sup> Jn 19, 2.

<sup>26</sup> Jn 19, 13-16a.

<sup>27</sup> Jn 19, 17-37.

<sup>28</sup> Jn 19, 38-42.

<sup>29</sup> Jn 19, 17-22.

En esta escena se cumple varias profecías del Antiguo Testamento entre ellas las del Cuarto Cántico del Siervo del Señor: «Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores»<sup>30</sup>, o la del salmo 22: «Me cerca una banda de malhechores, me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos»<sup>31</sup>.

Además, este acontecimiento nos recuerda ciertos versículos del evangelio, como el anuncio del reino de Dios que nos trae el Mesías y que también ahora llega a su culmen: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio»<sup>32</sup>. El autor del *Apocalipsis* lo resume en este versículo: «[Jesucristo] el príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios su Padre, a Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén»<sup>33</sup>. En él se nos da las características esenciales del modo de llevar el reinado del principal de los reyes de la tierra: lo primero y fundamental es su amor hacia sus siervos a los que libra de sus pecados por su sangre convirtiéndoles en reyes y sacerdotes para Dios.

Sin embargo, no todos aceptan este reino y quedan dibujados fuera del cuadro. Los primeros son los sumos sacerdotes que representan a los que rechazan a Jesús como rey. Estos exigen a Pilato que quite del letrero la alusión de que Jesús es el rey de los judíos. El segundo es Pilato que, aún reconociéndolo como rey, vive en sus asuntos y no se acerca a la cruz, ni le importa. Estos tales no recibirán a María como Madre, pues no están bajo la cruz del Señor, ni la salvación que viene de él. Este es el verdadero drama de la Pasión.

## 2.2. LA TÚNICA INCONSÚTIL

En una segunda etapa, san Juan nos dibuja en el mismo cuadro la escena del despojamiento de las vestiduras de Cristo, que unos soldados se reparten excepto la túnica inconsútil que la echan a suertes<sup>34</sup>. Aquí también

---

<sup>30</sup> Is 53, 12.

<sup>31</sup> Sal 22, 17b-18a.

<sup>32</sup> Mc 1, 15.

<sup>33</sup> Ap 1, 5.

<sup>34</sup> Cf. Jn 19, 23-24.



se cumple la Escritura: «Ellos me miran triunfantes, se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica»<sup>35</sup>. Además del amor de Jesús que se deja despojar de sus vestiduras signo de dignidad, nos fijamos en la túnica. Aunque algunos han interpretado como vestidura sacerdotal, sin embargo prefiero seguir aquí la explicación tradicional que ve en esta túnica la figura de la Iglesia cuya unidad nadie puede romper<sup>36</sup>. Así lo expresa san Cipriano en su obra *De unitate Ecclesiae*: «La túnica significaba la unidad que proviene de arriba, es decir, la que viene del cielo y del Padre, que no puede de ningún modo ser partida por el que la recibe y la posee, sino que la adquiere total y firmemente indisoluble. No puede poseer la túnica de Cristo quien rompe y divide a la Iglesia de Cristo»<sup>37</sup>.

Creo que es la interpretación que mejor cuadra en este paisaje donde la Iglesia está presente, especialmente en la parte central de la escena que estamos glosando. Sobre esta unidad Raniero Cantalamessa nos ofrece esta reflexión que nos ayuda a comprender la importancia de este detalle:

Los soldados dividieron en cuatro partes «los vestidos», o el manto, esto es, el indumento exterior de Jesús, no la túnica, que era el indumento interior, el que se llevaba en contacto directo con el cuerpo. También este es un símbolo. Los hombres podemos dividir a la Iglesia en su elemento humano y visible, pero no su unidad profunda, que se identifica con el Espíritu Santo. La túnica de Cristo ni fue dividida ni jamás podrá serlo. Es también inconsútil. Es la fe que profesamos en el Credo: «Creo en la Iglesia, *una*, santa, católica y apostólica»<sup>38</sup>.

El P. La Potterie además nos señala un lazo de unión entre este pasaje de la túnica inconsútil con el siguiente. En efecto, si leemos el texto griego, el evangelista por medio de las partículas (μεν...δε, por un lado...por otro) une el versículo 24 «Por un lado los soldados hicieron esto» con el 25 «Por otro estaba junto a la cruz...» o dicho de otra forma «mientras los soldados hicieron esto, estaban junto a la cruz...». Él dice a este respecto:

La tradición ha visto siempre en la escena de la túnica «no dividida» un gran símbolo de la unidad de la Iglesia. Lo que los soldados no hacen, a saber: «dividir» la túnica de Jesús (Juan dice justamente «dividir» y no

<sup>35</sup> Sal 22, 18b-19.

<sup>36</sup> Cf. R. E. BROWN, *The Death of the Messiah*, vol. 2 (Doubleday, New York 1994) 955-958.

<sup>37</sup> CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae*, 7: ed de R. Weber, M. Bévenot, *CSEL* 3 (Turnhout 1972) 215. Traducción de J. Campos en *Obras de san Cipriano* (BAC, Madrid 1964) 165.

<sup>38</sup> R. CANTALAMESSA, *Homilía del Viernes Santo*, Basílica de san Pedro, 21 de marzo del 2007.

«desgarrar»), es visto por el evangelista como el anuncio de lo que en la escena siguiente va a realizarse de manera positiva: la nueva comunidad mesiánica se constituye en su unidad gracias a la Cruz. María y el discípulo son su prefiguración<sup>39</sup>.

### 2.3. JUNTO A LA CRUZ DEL SEÑOR ESTABA SU MADRE Y EL DISCÍPULO AMADO

Nos fijamos ahora en la parte central del cuadro del que ya ha sido dibujado el personaje principal: Jesucristo que está dando la vida por su Iglesia que es su esposa amada. Por eso a los pies de la cruz está la Iglesia, simbolizada por dos personajes: la madre de Jesús que se encuentra acompañada de otras mujeres y cerca de ella el discípulo al que Jesús amaba. Lo más importante de estas dos figuras es el amor que las tiene Cristo. La Virgen María es la persona más amada. Así interpreta el Papa Benedicto XVI su título de Inmaculada Concepción que le fue concedido en previsión de los méritos de la pasión de su Hijo<sup>40</sup>, por lo que podemos afirmar que en ningún instante como en este se presenta este título mariano:

Llena de gracia, la gracia no es más que el amor de Dios; por eso, en definitiva, podríamos traducir esa palabra así: “amada” por Dios. [...] Es un título expresado en voz pasiva, pero esta “pasividad” de María, que desde siempre y para siempre es la “amada” por el Señor, implica su libre consentimiento, su respuesta personal y original: al ser amada, al recibir el don de Dios, María es plenamente activa, porque acoge con disponibilidad personal la ola del amor de Dios que se derrama en ella. También en esto ella es discípula perfecta de su Hijo, el cual realiza totalmente su libertad en la obediencia al Padre y precisamente obedeciendo ejercita su libertad<sup>41</sup>.

Este amor le capacita para amar y poder recibir al discípulo como hijo, pues como nos dice en su encíclica *Deus Caritas est*:

María es una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. [...]. Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de

<sup>39</sup> I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza* (BAC, Madrid 2005) 259.

<sup>40</sup> Cf. Bula del Beato Pío IX “Ineffabilis Deus”, Dz 2803.

<sup>41</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía de la Solemnidad de la Anunciación*, 25 de marzo de 2006. *L'Osservatore Romano*, edición española, 38 (2006) 153.

la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús. Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz<sup>42</sup>.

De María y del grupo de mujeres: la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena se nos dice que estaban junto a la cruz con la preposición *παρὰ* rigiendo dativo. Esta preposición tiene un valor local e indica que ellas estaban “junto a algo o a alguien”. Pero no podemos dejar de preguntarnos si tiene un valor también figurado como en la expresión *οἱ παρ’ ἐμοί* “los que están a mi lado, mis padres o mis servidores”. En este caso estas mujeres son las que están de parte del crucificado (de la cruz de Jesús). En toda la narración de nadie se afirman estas palabras más que de ellas. ¿No sería lícito ver aquí también una alusión a la Iglesia que nace de los que están lado de la cruz, de los que son partidarios de la cruz del Señor?

Del otro personaje se nos indica que estaba al lado de la madre de Jesús, que es el discípulo al que amaba. No podemos dejar de ver aquí una referencia al texto anteriormente citado del *Apocalipsis* y que recuerdo ahora: «Al que nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre»<sup>43</sup>. Es una figura en la que podemos ver a todos los que Cristo ha librado de sus pecados por su sangre, pues en el momento en el que Jesús entrega su vida cada creyente puede decir lo mismo que san Pablo: «Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí»<sup>44</sup>. En esta escena, pues, vemos al Amor llenando de su amor a sus seres queridos que le correspondían estando con él al pie de la cruz. El Papa Francisco nos dirá a este respecto: «En la cruz, cuando Cristo sufría en su carne el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina, pudo ver a sus pies la consoladora presencia de la Madre y del amigo»<sup>45</sup>.

Es ahora cuando oímos las primeras palabras de Cristo crucificado, dirigiéndose a su madre: «Mujer ahí tienes a tu hijo» y luego dirigiéndose al discípulo: «Ahí tienes a tu madre»<sup>46</sup>. Nos preguntamos qué significado pueden tener estas frases en este contexto tan solemne. Para ello consultamos a los Padres de la Iglesia para que nos iluminen. Nos llena de

<sup>42</sup> BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, 41.

<sup>43</sup> Ap 1, 5.

<sup>44</sup> Ga 2, 20.

<sup>45</sup> FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 285.

<sup>46</sup> Jn 19, 26-27.

asombro que para la práctica totalidad de ellos tengan estos vocablos sólo dos sentidos: el más frecuente es ver en ellos un acto de piedad de Jesús que estaba a punto de morir hacia su madre que se quedaba sola y, por eso, se la confía al discípulo preferido que es san Juan, que además era el único que estaba al pie de la cruz<sup>47</sup>. El segundo sentido es ver en esta entrega una prueba más de la virginidad perpetua de María pues estos Padres afirman que Jesús entrega su madre a san Juan para que la cuidara porque carecía de hijos y marido<sup>48</sup>.

De entre los escritores antiguos, parece más acertada la interpretación de Orígenes, quien en su *Comentario al Evangelio de san Juan* afirma que estas palabras dirigidas por Jesús a María significan: “He aquí que este es Jesús al que tú has dado a luz”, pues Jesús es el único hijo de María. Por tanto, el que ha alcanzado la plenitud ya no vive él sino Cristo en él<sup>49</sup>. De ahí que María esté al pie de la cruz como madre de Jesús, tanto del que engendró virginalmente en Nazaret, como de los que engendra de nuevo uniéndose al sacrificio de su Hijo como afirma el Concilio Vaticano II: «mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado»<sup>50</sup>. Podemos decir que los redimidos somos otros “Jesús” y tenemos a María como madre y a Dios como Padre.

A partir del siglo XI son muchos los autores que ven en estas palabras la entrega de María a todos los discípulos que se hacen hijos de María por adopción. El Papa Francisco nos lo dice con estas palabras:

En ese crucial instante, antes de dar por consumada la obra que el Padre le había encargado, Jesús le dijo a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego le dijo al amigo amado: «Ahí tienes a tu madre». Estas palabras de Jesús al

<sup>47</sup> Cf. TERTULIANO, *Contra los valentinianos* 22, 5, CCL 1, p. 203; AMBROSIO, *Exhortación a la virginidad* 33, PL 16, 345; CROMACIO DE AQUILEA, *Sermones* 22, 3, SC 164, p. 54; AGUSTÍN, *Comentario al Evangelio según san Juan*, 8, 9, PL 35, 1456; JUAN DAMASCENO, *Homilía II sobre la Dormición*, 4; TEODORO EL ESTUDITA, *Oratio* 9, 11, PG 99, 785; SIMEÓN EL METAFRASTE, *Vida de María*, 31, PG 115, 531-550.

<sup>48</sup> Cf. ATANASIO, *Sobre la Virginidad*, CSCO 151, p. 58. Cf. AMBROSIO, *La educación de las vírgenes*, 46-48; PL 16, 317-318; *Exposición al Evangelio según san Lucas* 2, 4, CCL 14, p. 32. Cf. EPIFANIO, *Panarion, Haereses* 28, 7; GCS 25, pp. 319-320. HILARIO DE POITIERS también piensa algo semejante, cf. *Comentario a san Mateo*, PL 9, pp. 921-22

<sup>49</sup> Cf. ORÍGENES, *Comentario al Evangelio de san Juan*, I, 4; PG 14, 32.

<sup>50</sup> *Lumen Gentium* 58.

borde de la muerte no expresan primeramente una preocupación piadosa hacia su madre, sino que son más bien una fórmula de revelación que manifiesta el misterio de una especial misión salvífica. Jesús nos dejaba a su madre como madre nuestra. Sólo después de hacer esto Jesús pudo sentir que «todo está cumplido». Al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María<sup>51</sup>.

También los personajes tienen un significado más profundo: Jesucristo es el Verbo divino que como Palabra del Padre en este instante utiliza una fórmula de revelación<sup>52</sup> con la que Jesús muestra que María es la madre del discípulo y los discípulos de Jesús en la persona de Juan son los hijos de su propia madre, pues se han hecho uno con él. Por el sacrificio de la cruz Jesús ha dado todo a sus discípulos amados: se ha entregado a sí mismo, por eso somos hijos de Dios y de María, pues, como decía Orígenes, somos el mismo Cristo.

María, además de madre de Jesús, significa la Iglesia en su función materna. Es figura y tipo de la Iglesia como nos enseñó el Concilio Vaticano II:

La Virgen Santísima, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, que la une con el Hijo Redentor, y por sus gracias y dones singulares, está también íntimamente unida con la Iglesia. Como ya enseñó San Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre<sup>53</sup>.

Todo su influjo salvífico le viene del sacrificio de su Hijo, por eso está junto a la cruz de Jesús. El Concilio lo expresa así: «Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres [...] se apoya en la mediación de éste [Jesús], depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta»<sup>54</sup>.

---

<sup>51</sup> FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 285.

<sup>52</sup> Cf. M. DE GOEDT, «Un schème de révélation dans le quatrième Évangile»: *New Testament Studies* 8 (1961-1962) pp. 141-150.

<sup>53</sup> *Lumen Gentium*, 63.

<sup>54</sup> *Lumen Gentium*, 60.

El Papa Francisco nos recuerda: «Él nos lleva a ella, porque no quiere que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio. Al Señor no le agrada que falte a su Iglesia el icono femenino»<sup>55</sup>. Este carácter femenino es señalado por von Balthasar que sostiene que el carácter modélico de María dentro de la Iglesia lleva a diversas consecuencias, la primera y principal es que la Iglesia en su núcleo perfecto se ha de considerar femenina, mientras que el ministerio de servicio ejercido por los apóstoles varones es una pura función dentro de lo abarcador<sup>56</sup>.

El discípulo representa a los miembros de la Iglesia que son salvados por el sacrificio de su Hijo que es el que nos amó, como hemos recordado antes, y que reciben como madre a María que es la madre de Jesús, al hacerse uno con Cristo. Efectivamente, al pie de la cruz, Jesús hace que su madre mire al discípulo y el discípulo a su madre para que la madre vea en el discípulo a su hijo al que debe engendrar en el amor que ha recibido de la cruz y el discípulo mire a María como la madre que le dispensa los bienes de la salvación obtenidos por su Hijo.

Nos queda para terminar de contemplar este momento el tema del cumplimiento de la Escritura, como se ha hecho en los trazos anteriores. Nos preguntamos ¿se cumple alguna profecía con respecto a los versículos 25-27? Para ello volvamos sobre los personajes de estos versículos: en el centro Cristo que «canceló la nota de cargo que nos condenaba con las cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio, clavándola en la cruz, y, destituyendo por medio de Cristo a las Potestades y los Principados, los exhibió en público espectáculo, y los llevó cautivos en su cortejo»<sup>57</sup>, por tanto, destruye el poder del diablo. Junto a Cristo, su madre a la que denomina mujer. Todo ello nos lleva a pensar que san Juan está refiriéndose a la promesa hecha por Dios a Adán y Eva<sup>58</sup>: «enemistad pondré entre ti (la serpiente) y la mujer, y entre tu stirpe y la suya: él te aplastará la cabeza, cuando tú lo hieras en el talón»<sup>59</sup>. En este contexto, Jesús es el descendiente de la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente, por eso a María se la denomina “su madre” y “mujer”. Además de otras interpretaciones que

<sup>55</sup> FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 285.

<sup>56</sup> Cf. H. VON BALTHASAR, “María en la doctrina y piedad de la Iglesia” en: J. RATZINGER- H. VON BALTHASAR, *María Iglesia naciente*, Encuentro, Madrid 2006, p. 86-87.

<sup>57</sup> Col 2, 14-15.

<sup>58</sup> Este tema está muy bien explicado en: F. M. BRAUN, *La Mère des fidèles. Essai de théologie johannique*, Casterman, Tournai-Paris 1954, 77-91.

<sup>59</sup> Gn 3, 15.

se puedan ofrecer sobre estas denominaciones para la Madre de Dios, es lícito ver en ellas una alusión a la mujer del libro del *Génesis* que es la madre del descendiente que pisa la cabeza de la serpiente y además es madre de la descendencia que está enemistada con el diablo. Veríamos aquí a los dos descendientes: Cristo el vencedor sobre Satanás y Juan que representa a los descendientes que están en hostilidad con el Maligno. Esto, además, lo hallamos en los Santos Padres cuando se refieren a María como “nueva Eva”: «Como a causa de una virgen desobediente a la Palabra de Dios el hombre fue traicionado, cayó y murió, así a causa de una virgen obediente a la Palabra de Dios fue resucitado y retornó a la vida»<sup>60</sup> «Lo que Eva había atado por su incredulidad, María lo ha desatado por su fe»<sup>61</sup>. Por tanto, en este pasaje san Juan nos indica que la gran promesa hecha por Dios a nuestros primeros padres ha quedado cumplida.

#### 2.4. LA SED Y LA MUERTE DE JESÚS

El cuarto trazo de este cuadro nos refiere el instante de la muerte de Cristo<sup>62</sup>. Comienza con un versículo que sirve de transición entre las dos escenas y que se fija precisamente en lo que ya hemos hablado del cumplimiento: «Después de esto sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura dijo: Tengo sed [...] Jesús cuando tomó el vinagre dijo: “Está cumplido”»<sup>63</sup>. El tema de la sed y el vinagre lo encontramos en los Salmos 22 y 69: «mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar»<sup>64</sup> y «en mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre»<sup>65</sup>.

A continuación nos refiere la muerte de Cristo con las palabras: «Entregó su espíritu». Podemos ver aquí una alusión al Espíritu que Jesús había prometido para el día de su glorificación:

El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: “El que tenga sed que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura de sus entrañas manarán ríos de agua viva”. Dijo esto refiriéndose al Espíritu

<sup>60</sup> IRENEO DE LYON, *Demostración de la Predicación apostólica* 33. SC 406, pp. 128-130.

<sup>61</sup> ID, *Contra los herejes*, III, 22, 4. SC 211, pp. 438-440.

<sup>62</sup> Jn 19, 28-30.

<sup>63</sup> Jn 19, 28. 30

<sup>64</sup> Sal 22, 16.

<sup>65</sup> Sal 69, 22.

que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu porque Jesús no había sido glorificado<sup>66</sup>.

Este Espíritu prometido es el que se derrama sobre los que están junto a la cruz, que son los que creen en él, en especial María, mujer de fe que por haber creído fue fecundada por el Espíritu que vino sobre ella para engendrar al Verbo hecho carne y que ahora se derrama sobre ella para engendrar al discípulo amado que cree en Jesús y recibe a María como madre. El papa san Pío X lo expresa de este modo:

Hemos salido del vientre de María, como partes del cuerpo que permanece unido a la cabeza. De donde, de un modo ciertamente espiritual y místico, también nosotros nos llamamos hijos de María y ella es la madre de todos nosotros. *Madre en espíritu... pero evidentemente madre de los miembros de Cristo que somos nosotros.* En efecto, si la bienaventurada Virgen es al mismo tiempo Madre de Dios y de los hombres ¿quién es capaz de dudar de que ella procurará con todas sus fuerzas que Cristo, *cabeza del cuerpo de la Iglesia* infunda en nosotros, sus miembros, todos sus dones, y en primer lugar que le conozcamos y que *vivamos por él*?<sup>67</sup>

Este espíritu, nos recuerda al Espíritu de Dios que en el comienzo de la creación se cernía sobre la faz de las aguas<sup>68</sup>. Ahora es el Espíritu que se cierne sobre la Iglesia representada en María y el discípulo para llevar a cabo la nueva creación.

En este trazo se nos muestra la Trinidad que podemos intuir en todo el cuadro de la Crucifixión: el primero en aparecer es el Hijo que es el protagonista, pues Jesús es el Hijo del eterno Padre. En este momento vemos la presencia del Espíritu que Jesús comunica a los suyos desde la cruz y nos preguntamos si contamos con la presencia del Padre en este lienzo. Para ello es preciso recordar las palabras de Jesús a Nicodemo: «Porque tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna»<sup>69</sup> y esta entrega es a la muerte: «el que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?»<sup>70</sup>.

---

<sup>66</sup> Jn 7, 37-39.

<sup>67</sup> Pío X, *Ad Diem Illum, Acta Sanctae Sedis* [ASS] 36 (1903-04) 453.

<sup>68</sup> Cf. Gn 1, 2.

<sup>69</sup> Jn 3, 16.

<sup>70</sup> Rm 8, 32.



Pero ¿dónde vemos al Padre entregando su Hijo al mundo? En la figura de María. Joseph Ratzinger lo expresa brillantemente en estas palabras:

La imagen de la *Pietà*, la madre que padece por el Hijo muerto, se convirtió en la traducción viva de esta palabra: en ella queda patente el padecer materno de Dios. En ella se ha hecho visible, tangible. Ella es la *compassio* de Dios, representada en su ser humano que se ha dejado implicar plenamente en el misterio de Dios. [...] Sólo en ella llega a su término la imagen de la cruz, porque ella es la cruz asumida, que se comparte en el amor, la que nos permite ahora experimentar en su com-pasión, la com-pasión de Dios<sup>71</sup>.

## 2.5. EL CORAZÓN TRASPASADO

El cuadro de la crucifixión se completa con el último trazo: la lanza del soldado que traspasa el corazón de Cristo, lo abre y de él salen el agua y la sangre, signos de los sacramentos de la Iglesia como afirma el prefacio de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús: «elevado sobre la cruz hizo que de la herida de su costado brotaran, con el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia; para que así acercándose al corazón abierto del Salvador, todos puedan beber con gozo de la fuente de la salvación»<sup>72</sup>. Este amor desbordante se derrama especialmente en aquellos que están junto a la cruz: María y el discípulo. Una homilía del siglo doce sobre Jn 19, 25-27 atribuida a Odón de Morimond<sup>73</sup> nos expresa bellamente la relación entre esta fuente, María y el discípulo:

Este es el río que salió del lugar del deseo, es decir, del cuerpo del Señor Jesús (Gn 2, 10), que desde allí se divide en cuatro fuentes. Este es la fuente abierta que predijo Zacarías el profeta que serviría para la casa de David como ablución de los pecadores y de la impureza (Za 13, 1).

Así pues, estate, oh Virgen bella, estate junto a la cruz y llena tu hidra para que el preciso licor no se derrame en vano, porque, habiendo huido todos, faltaron las vasijas de la fe hasta que viniste tú, y, cuando la hayas llenado, muestra con tu misma generosa efusión que eres la madre y la esposa del Salvador. [...]

<sup>71</sup> J. RATZINGER, “Llena eres de gracia” en: J. RATZINGER- H. VON BALTHASAR, *María Iglesia naciente*, Encuentro, Madrid 2006, 59.

<sup>72</sup> Prefacio de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

<sup>73</sup> J. M. CANALS, “Dos Homilías de Odón de Morimond”: *Sacris Erudiri* 13 (1962) 377-460.

He aquí, virgen misericordiosa y benigna, he aquí que todos nosotros estamos cerca de la fuente del agua, contemplamos y recordamos la pasión de tu Hijo pero, bajo el peso de nuestros pecados no podemos doblarnos a la devoción. Tenemos mucha sed y no tenemos vasijas y el pozo es profundo.

Pero te pido, Señora, acuérdate con cuanta amargura, con cuanta abundancia sacaste de esta fuente y con cuanta generosidad la difundes a tus siervos, también da la bebida a nosotros, si no siervos, tus camellos, inflamándonos en el amor a tu Hijo crucificado y en el deseo de la patria celestial, para que tú así como eres la gloria de todo el género humano, así reciban todos de tu plenitud, Por esto, así los considero, estaban junto a la cruz de Jesús<sup>74</sup>.

Después de esta larga cita en la que expresa la idea de cómo María recoge el agua y la sangre que nace del costado de Cristo para dársela a los creyentes, hemos terminado de presentar el cuadro completo de la Crucifixión. Sólo así podemos entender los tres versículos que habitualmente estudiamos por separado y que forman parte de un conjunto que nos muestra que sólo bajo la cruz de Cristo se encuentra la salvación y esta se nos da cuando estamos cerca de la madre de Jesús como el discípulo amado y la recibimos como algo propio<sup>75</sup>.

### 3. MARÍA JUNTO A LA CRUZ, ESPERANZA DE LOS PUEBLOS

No hay estampa más consoladora para el pueblo cristiano y que sea la base de nuestra esperanza que la de la Crucifixión que acabamos de comentar. Como hemos visto, en ella aparece el Padre entregando a su Hijo por la salvación del mundo cuando nosotros éramos pecadores; el Hijo que como rey celestial muere por los pecados de su pueblo, obedeciendo a la voluntad del Padre que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; el Espíritu que inunda con su amor toda la escena; la Iglesia que aparece como una túnica que no se puede dividir; y, finalmente la madre que, como el Padre y junto con Él, entrega su Hijo a la muerte, también obedeciendo la voluntad del Padre, y a la que se le confía el discípulo amado. ¿Se puede pedir más esperanza y consuelo para el pueblo sumergido en el pecado?

---

<sup>74</sup> Ibid, 408-409.

<sup>75</sup> Cf. Jn 19, 27.

El pueblo de Dios se ha sentido siempre confortado al escuchar de boca de Cristo que, como su último testamento, a punto de morir por nuestros pecados, se le diera a María como madre. Y realmente es nuestra madre porque con su obediencia, fe, esperanza y ardiente caridad cooperó de forma singular a restaurar la vida sobrenatural de las almas. En palabras de san Pío X:

Efectivamente cuando llegó la última hora del Hijo, *estaba en pie junto a la cruz de Jesús, su Madre*, no limitándose a contemplar el cruel espectáculo, sino gozándose de que su *Unigénito se inmolará para la salvación del género humano, y tanto se compadeció que, si hubiera sido posible, ella misma habría soportado gustosísima todos los tormentos que padeció su Hijo*<sup>76</sup>.

El Papa Francisco en su primer año de Pontificado no ha dejado de presentar la esperanza de María cuando estaba al pie de la cruz como modelo de esperanza. Vamos a ver varios textos donde nos ofrece esta idea cuya exposición forma parte de la nueva evangelización. El primero es el discurso que pronunció en la celebración de las vísperas con la comunidad de las monjas benedictinas camaldulenses del Monasterio de San Antonio Abad en el Aventino, en el que decía:

María es la madre de la esperanza, la imagen más expresiva de la esperanza cristiana. Toda su vida es un conjunto de actitudes de esperanza, comenzando por el «sí» en el momento de la anunciación. [A continuación repasa todos los momentos de la vida de María y al llegar al pasaje que estamos comentando dice:]. A los pies de la cruz, es mujer del dolor y, al mismo tiempo, de la espera vigilante de un misterio, más grande que el dolor, que está por realizarse. Todo parece verdaderamente acabado; toda esperanza podría decirse apagada. También ella, en ese momento, recordando las promesas de la anunciación habría podido decir: no se cumplieron, he sido engañada. Pero no lo dijo. Sin embargo ella, bienaventurada porque ha creído, por su fe ve nacer el futuro nuevo y espera con esperanza el mañana de Dios. [...] El mañana de Dios para ella es el alba de la mañana de Pascua, de ese primer día de la semana. Nos hará bien pensar, en la contemplación, en el abrazo del hijo con la madre. La única lámpara encendida en el sepulcro de Jesús es la esperanza de la madre, que en ese momento es la esperanza de toda la humanidad<sup>77</sup>.

La cita del Papa Francisco nos explica con maestría el tema de la esperanza vivida por María al pie de la cruz como fruto de la fe en las

<sup>76</sup> Pío X, *Ad Diem Illum*, [ASS] 36 (1903-04) 453.

<sup>77</sup> *L' Osservatore Romano*, edición española, 29 de noviembre de 2013, pág. 9.

promesas divinas de que su Hijo resucitará. El Pontífice señala en el texto que acabamos de leer que María es madre de esperanza porque vivió esta virtud en los acontecimientos de su vida que Dios le tenía preparados desde el momento de la anunciación hasta la cruz. No se puede ser madre de esperanza si no se ha vivido la esperanza de forma heroica y así fue cuando al pie de la cruz todo parecía acabarse y las promesas no cumplirse. Pero, María con su fe profunda esperaba el mañana de Dios convirtiéndose en luz ante el sepulcro de que las promesas se estaban cumpliendo y que llegarían a su plenitud a los tres días, es decir, la mañana de la resurrección en la cual el dolor sería iluminado con la gloria del resucitado, como él había dicho. Por tanto, la esperanza de María se nutre en la fe en la promesa hecha por Jesús en su vida pública: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día»<sup>78</sup>. La fe de María en la resurrección es la fuente de esperanza en los momentos de dolor. Por eso, en estas coyunturas, el pueblo cristiano vuelve los ojos al dolor de María esperanzado con la promesa, que ya se ha cumplido, del gozo en la resurrección.

Otro texto en el que el Papa Francisco nos habla de la esperanza de María al pie de la cruz como fuente de esperanza para todos los hombres es el de su Exhortación *Evangelii Gaudium*. Allí nos señala además cómo María prepara nuestra casa interior para que habite Jesús:

María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia»<sup>79</sup>.

En este pasaje introduce el Papa el tema del corazón de María traspasado por la espada a ejemplo del corazón traspasado del Hijo. Podríamos decir que si el corazón de Cristo se rompe de amor por los hombres hasta derramar hasta la última gota de su sangre, tiene en María la figura de su corazón atravesado por la espada de dolor como profetizó Simeón al presentar a Jesús en el templo. ¡Qué esperanza para los hombres saber que el corazón de Cristo y el de su madre, que es la de todos los hombres, están ensanchados, abiertos para poder acoger a

---

<sup>78</sup> Lc 9, 21.

<sup>79</sup> FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 286.

todos los hombres y quererlos como hijos! Esta idea vuelve a repetirla en la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios del año 2014:

Nuestro camino de fe está unido de manera indisoluble a María desde el momento en que Jesús, muriendo en la cruz, nos la ha dado como Madre diciendo: «He ahí a tu madre» (Jn 19,27). Estas palabras tienen un valor de testamento y dan al mundo una Madre. Desde ese momento, la Madre de Dios se ha convertido también en nuestra Madre. En aquella hora en la que la fe de los discípulos se agrietaba por tantas dificultades e incertidumbres, Jesús les confió a aquella que fue la primera en creer, y cuya fe no decaería jamás. Y la «mujer» se convierte en nuestra Madre en el momento en el que pierde al Hijo divino. Y su corazón herido se ensancha para acoger a todos los hombres, buenos y malos, a todos, y los ama como los amaba Jesús. La mujer que en las bodas de Caná de Galilea había cooperado con su fe a la manifestación de las maravillas de Dios en el mundo, en el Calvario mantiene encendida la llama de la fe en la resurrección de su Hijo, y la comunica con afecto materno a los demás. María se convierte así en fuente de esperanza y de verdadera alegría<sup>80</sup>.

#### 4. CONCLUSIÓN

Podría añadir otros textos de otros Papas contemporáneos sobre este tema. Creo que para el propósito de este artículo lo expuesto hasta ahora es suficiente. Sólo quiero terminar con una referencia muy breve al papel que los santuarios marianos tienen en el corazón de los fieles, entre ellos la Basílica de Santa María de la Esperanza Macarena. De ellos dice el Papa Francisco: «Es allí, en los santuarios, donde puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan con mucho esfuerzo para mirarla y dejarse mirar por ella. Allí encuentran la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida»<sup>81</sup>. En la Basílica de Santa María de la Esperanza Macarena podemos observar a nuestra Señora que expresa de una manera bella la esperanza de María cuando ha muerto su Hijo. Es una de las imágenes más hermosas de las llamadas “Santa María de la Esperanza”. Ella escucha las oraciones que miles de devotos elevan con la confianza de ser escuchados y los agradecimientos de muchos que han experimentado la cercanía de su amor de madre y que han sido escuchados en su tribulación. Esta imagen nos presenta a María con unas lágrimas que podríamos pensar que son de falta de esperanza pero san Juan Pablo II nos dice a este respecto que hay también tres aspectos en las lágrimas de María:

<sup>80</sup> *L'Osservatore Romano*, edición española, 3 de enero de 2014, pág. 16

<sup>81</sup> FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 286.

Son lágrimas de dolor por cuantos rechazan el amor de Dios, por las familias separadas o que tienen dificultades, por la juventud amenazada por la civilización de consumo y a menudo desorientada, por la violencia que provoca aún tanto derramamiento de sangre, y por las incomprensiones y los odios que abren abismos profundos entre los hombres y los pueblos.

Son lágrimas de oración: oración de la Madre que da fuerza a toda oración y se eleva suplicante también por cuantos no rezan, porque están distraídos por un sin fin de otros intereses, o porque están cerrados obstinadamente a la llamada de Dios.

Son lágrimas de esperanza, que ablandan la dureza de los corazones y los abren al encuentro con Cristo redentor, fuente de luz y paz para las personas, las familias y toda la sociedad<sup>82</sup>.

Estas lágrimas de esperanza son las que refleja la Virgen que espera que sus hijos queridos puedan salvarse pues conoce la misericordia y el poder de su Hijo que es el Salvador de los hombres.

---

<sup>82</sup> JUAN PABLO II, *Homilía en el Santuario de Nuestra Señora de las Lágrimas*, Siracusa, 6 noviembre 1994. *L'Osservatore Romano*, edición española, 25 (1994) 675.